

REPATRIADOS ESPAÑOLES DE RUSIA

HISTORIA DE TRES VIDAS

Después de la emoción y el entusiasmo de la llegada de los repatriados a Barcelona y de haber vivido aquellas escenas de patriotismo y de alegría, he querido hablar con ellos para conocer su vida en el cautiverio. En Madrid, entre sus familias y sus amigos, he encontrado a estos hombres que, al tiempo que cuentan una vez y otra sus largas y terribles historias, preguntan por los sucesos de aquí en los doce años de su ausencia. Y me ha parecido de más interés, mejor que hacer un resumen con lo oído a los muchos que he entrevistado, más que como periodista como amigo y camarada, para brindar a los lectores un pálido relato de las condiciones de vida de nuestros prisioneros en Rusia, a través de las cárceles y campos de trabajo soviéticos, contares, sin necesidad de nombres y de apellidos, la historia de tres hombres, la historia de tres españoles de cuerpo entero y de espíritu firme. De estas historias, que me han contado rodeados de los suyos, podrá el lector hacerse idea de lo que ha sido, y sigue siendo para millones de hombres hijos de Dios y herederos de su gloria, hechos a su imagen y semejanza, un mundo en el que

mentalmente no es difícil penetrar, porque la medida de su horror queda fuera de los límites de nuestra comprensión y de la lógica de nuestra facultad de razonar; de nuestro afán de encontrar el porqué de cada cosa; el motivo de un suceso o el objeto de cualquier acción.

He escogido la historia de un combatiente español hecho prisionero en el caos de fuego y de sangre de los últimos días de Berlín. La de uno de los jóvenes que fué a Rusia a hacer un curso de piloto de guerra y la de un soldado de la División hecha prisionero en Possalot en el invierno de 1941.

Los tres tienen ahora la misma edad, año más año menos, y los tres me han contado lo que voy a ver si consigo yo ahora contar, a media voz, como si no quisieran que nadie les oyera o, mejor aún, como si aún temieran que alguien les oyese, dominados todavía por el peso de los años de calvario, cuando tenían prohibido hablar y había que musitarse las palabras para mantener la esperanza y para conservar el idioma y la razón.

MI interlocutor es pequeño de cuerpo y grande de alma, del campo llano de Córdoba, fuerte, vivo de expresión, los ojos burtones, los rasgos tallados, estudiante cuando empezó nuestra guerra, en la que combatió sin perder comba. Se fué a Rusia con la División en aquel verano de 1941, en el primer batallón de Infantería del regimiento Vierna. Herido grave, fué repatriado, pero volvió de nuevo. El fin de la guerra, después de estar en una división alpina, lo vivió en Berlín en una compañía de la S. S., formada y mandada por españoles, último reducido al que llegó combatiendo desde la marca oriental. El día 28 de abril de 1945 estaba en las ruinas del cine Europa, y los rusos, calle de diez metros por medio, en las del hotel Excelsior. Era una noche roja de lumbres inmensas y atronadora de estampidos, de gritos, de sombras de hombres, de niños y de mujeres, que huían y morían huyendo alcanzados por las balas rusas, que ganaban, instante por instante, la muerte de Berlín.

Nos pareció ver—me dice—que los rusos habían conseguido meterse en nuestras ruinas y se destacó un soldado a explorar uno de los pasillos, antigua salida del cine a la calle. Lo mataron en el camino. Entonces fui yo. No me querían dejar salir, pero alguien tenía que ir. Llegué a la calle, serían las tres de la mañana, entre el humo y el polvo; alumbrado fantasmagóricamente por el resplandor de los incendios, vi un grupo de soldados que me parecieron de una unidad de letones vecina de posición. Me acerqué a ellos y no me di cuenta de que eran rusos hasta estar dentro del grupo. Ellos tampoco se dieron cuenta de que yo era un enemigo. Quise escabullirme y volver con mi gente, pero la calavera plateada me descubrió. Se arrojaron sobre mí diez o doce y me arrebataron la pistola ametralladora. Lancé un grito para avisar. Ellos también gritaron: "S. S. is sudá" ("Las S. S. están aquí"). Pude zafarme de ellos, que me tapaban la boca, y gritar que había caído prisionero y que hicieran fuego sobre mí. Lo grité tres veces y dispararon; tres o cuatro de mis aprehensores cayeron por el suelo aullando. Me dieron un culatazo en la cabeza y medio sin sentido me sacaron en volandas. Ya en la calle, en un instante, me despojaron de todo lo que llevaba de algún valor, pluma, reloj, brújula, dinero, una sortija y del cinturón. Me llevaron al sótano del Excelsior, donde estaba un puesto de mando soviético. Allí fui interrogado en ruso y alemán, idiomas que aún no entendía, y, finalmente, por un capitán que hablaba italiano.

El hombre se recrea dándome los detalles de la escena y del suceso, el tiempo exacto del interrogatorio y el interés de aquellas gentes en hacerle confesar que era espía inglés o francés, aún no sabe por qué.

—Al amanecer—sigue—me llevaron a Koepenig, una casa-prisión del M. B. D.—última denominación de la N. K. W. D., la primitiva G. P. U.—, donde encontré prisioneros once generales alemanes, treinta y ocho coroneles y no sé cuántos jefes y oficiales de todas las armas.

Un mes después me trasladaron al campo de concentración de Ruidendorf, otro barrio berlinés. Veinte días después a otro campo en Frankfurt Oder, y desde allí, en veintidós días de viaje, a Rusia, a la región de Yaroslavl, en las márgenes del mar de Ribniski. Era el único español entre tres mil prisioneros alemanes, hasta que en otro campamento de la región de Vologdag encontré a españoles. Unos doscientos cincuenta o trescientos.

—¿Qué os daban de comer?

—Espera; quiero antes contarte el itinerario—me dice.

El 28 de octubre de 1946 me llevaron al campo de Cherpowiek-Povorososky, de allí al de Makarino, de éste al de Chalka—las palomas en español—y otra vez a Makarino. El 24 de diciembre de 1948 fuimos trasladados a Odesa, y nos dijeron que nos iban a repatriar; pero en marzo de 1949 nos volvieron a llevar a Cherpowiek, en la región de Vologdag, donde nos tuvieron hasta el año 1950, en que nos llevaron al campo de Gorodvichy, donde estuve hasta el 51. En este campo, el 5 de abril de 1950 declaramos nuestra primera huelga del hambre.

—¿Por qué y cuántos érais los huelguistas?

—Unos doscientos noventa y trescientos, y protestamos pidiendo que nos repatriasen, o que, si esto no era posible, que nos dejaran escribir y recibir cartas de España.

Nos llevaron entonces a un campo, el campo del Bosque, que era un campo secreto en el centro de una selva. Por cierto que allí nos encontramos a un grupo de ingenieros y diversos técnicos alemanes de la zona oriental, que habían venido contratados para trabajar en Rusia por dos o tres años, y al querer volver a su patria les habían hecho desaparecer, internándolos allí.

—¿Qué represalias tomaron?

—Primero cogieron a ocho y, como la pena de muerte estaba ya abolida, los condenaron a veinticinco años de trabajos forzados. Protestamos y nos negamos a salir del campo a trabajar. Tuvo que venir una Comisión, y un oficial habló y protestó en nombre de todos por el trato inhumano que se nos daba. Luego nos juzgaron a medio centenar y nos condenaron a diez años de trabajos.

—¿Pero os juzgaron cómo?

—Ahí, es que a veces son muy formalistas. Nos juzgaba un Tribunal militar, presidido por un teniente coronel del M. B. D. y compuesto por dos tenientes de la Policía, un alférez de la Milicia, que aún es peor que la Policía, y un sargento, como intérprete. Nos hacían comparecer en grupos de tres, y nos condenaron sin derecho al beneficio de cualquier futura amnistía. Yo fui juzgado el día 5 de febrero del 51, y poco después me llevaron a la cárcel de Novgorod.

—¿Dónde estuvo la División Azul?—le pregunto.

—Sí. Pero sólo por una rendija podía ver las torres del Kremlin, que tantas veces miré cuando estaba libre por aquellos lugares, aún de soldado vencedor.

—¿Estuviste allí mucho tiempo?—vaella y le pido que no se esfuerce por recordar.

—Unas semanas—me dice—, porque era una cárcel de transeúntes; perisilikas que se llaman, mezclados con presos comunes y políticos. Allí vi a los bálticos secuestrados, arrancados de sus tierras y condenadas las familias enteras a 25 años, para trasladarlos a Siberia, separando a los hombres de sus mujeres y

a los padres de sus hijos. Desde Novgorod me llevaron a Kirov, donde encontré a varios de los niños españoles llevados a Rusia, ya mozos y condenados a varios años de trabajos forzados, por robo. Habían tenido que robar para comer.

Deja de hablar, sonrío o se queda abstraído y hace un gesto sacudiendo levemente la cabeza o se pasa la mano por la frente, como queriendo borrar una imagen amarga, luego sigue, en voz baja:

—De Kirov me llevaron al campo de Swierloj, capital de los Urales. Llegué el día 19 de abril de 1952, de madrugada, y estuve allí—éramos 36 españoles—hasta mi salida para ser repatriado.

—¿Cómo fué?—le pregunto.

—Pues, verás, a la salida del trabajo todos esperábamos las listas de un transporte de repatriados alemanes. Se abrieron las puertas del campo y, formados por brigadas de trabajo, nos hicieron salir a la calle. En la puerta no vimos más que al sargento portero, el Bastirol, pero poco después vimos, con sorpresa, a todos los oficiales rusos del M. B. D. situados en un punto donde no podían ser vistos por los prisioneros que quedaban dentro. Al llegar a la altura de este grupo de oficiales se acercaban a las brigadas y leían las listas de los repatriados. Nos iban haciendo entrar en un pajar, para aislarnos de los demás, y media hora después nos dieron veinte minutos para prepararlo todo y salir en condiciones de partir. En carpión, nos llevaron a Resda. No nos lo queríamos creer; y excuso decirte nuestra emoción cuando encontramos allí a 600 prisioneros austríacos que se equipaban, para ser repatriados, con un pantalón y blusa de tela basta y una "bufalka", esa especie de blusón enguatado que traíamos aún en el barco. El mismo día, y en un tren cerrado, nos llevaron otra vez al mar de Ribniski, en Yaroslavl, y allí, en el campo de Servakov, encontramos prisioneros de 19 nacionalidades distintas. En este campo fuimos interrogados por una Comisión mixta de funcionarios del Ministerio del Interior y del de Asuntos Exteriores, y después de muchos trámites se nos dijo que el 22 de agosto (era el año 52) saldríamos para España en tres grupos: condenados, prisioneros de guerra e internados, pero llegó y pasó el 22 de agosto y seguíamos allí. Todos se iban marchando menos nosotros. Estábamos angustiados, pero esperábamos.

Estando en este campo tuvo la Dirección necesidad de nuestros barracones por el gran número de presos políticos que llegaban y nos mandaron desalojar para pasar a otro sector. Nos negamos. No queríamos salir de los barracones y tuvo que intervenir el coronel director, acompañado de otros dos jefes y con una compañía armada de subfusiles ametralladores. Se armó la de San Quintín, porque además todos sabíamos ruso bastante para llamarles de todo en su lengua. Acabaron por desistir y se retiraron, dejándonos allí. Un par de días después decidimos, que ya que nos habíamos salido de la nuestra, nos daba la gana marcharnos al otro sector y nos fuimos.

Desde este campo nos llevaron a la región de Donbad, en Woroschilgrado, campamento de Krasnopol, donde nos reunimos todos los que hemos vuelto, y de allí a Odesa, donde llegamos el 28 de marzo. Pero puedes decir que hasta que no nos vimos en el barco no empezamos a estar seguros de que era verdad y que hasta que no llegamos a Estambul y vimos a la Comisión española llegar en las lanchas y gritando arribas a España y vivas al Caudillo, no estuvimos seguros.

—En todos estos traslados—le pregunto—, ¿cómo os llevaban?

—En trenes cerrados, vagones de ganado que rodaban durante días y días miles y miles de kilómetros sin dejarnos salir. La comida nos la daban de cuando en cuando; bueno, la comida, la agülla, donde los días de mucha suerte se veía una ligera capa de grasa o se pescaba una cabeza de pescado, y para evacuar nuestras necesidades, un agujero en la puerta con un tubo de madera.

Yo quisiera seguir preguntando en torno a lo que me ha contado, pero está cansado y hasta me parece que sería torturarle un tanto. Salimos a la calle y me cuenta que ha trabajado en estos años de albañil, de estuquista, de carpintero, de retajador, de leñador y de mecánico. "He hecho—me dice—hasta estos de molde, como los gitanos, porque se me estropeó un brazo y no podía valerme de él para hacer esfuerzos, y los demás me ayudaban a salir adelante y no bajar demasiado de la "norma".

—¿Quieres explicarme qué es la norma?

—Es una tanea mínima de trabajo. Mucho trabajo para un hombre en circunstancias físicas normales y mucho más para quienes, como nosotros, no comíamos más que lo suficiente para no morirnos o morirnos lentamente. Cumpliendo la "norma", nos daban la reducida ración de costumbre; de no alcanzarla, se reducía aún más.

Vamos en coche por las calles de Madrid, ventolero y frío en esta primavera; mi camarada mira la hermosura verde y blanca de la plaza de Oriente, el cielo limpio del horizonte de la Casa de Campo y El Pardo, le gusta el edificio España y, cuando pasamos por el cine Coliseum, exclama un tanto asombrado y otro tanto divertido:

—¿Pero aún están poniendo aquí "El prisionero de Zenda"? ¡Si yo la vi hace catorce o quince años!

Le dejo con otros amigos sin querer preguntarle más y me voy a buscar al muchacho que se fué a Rusia como cadete de aviación roja.

EN una calle muy madrileña, en un piso bajo, encuentro a este hombre, de treinta y cinco años, que falta de la Patria desde los dieciocho. Están allí su madre, un hermano, una hermana y una sobrinilla de cinco años, que no se separa ni deja de mirar al tío que ha encontrado de repente. Es muy moreno, de pelo crespo y corto, ojos oscuros brillantes y febriles, alto, magro y un tanto encorvado por instinto. Tiene encima la amargura de un padre y un hermano mayor muertos en su ausencia. Eran nueve hermanos, y su padre, recién trasladado a Madrid el año 1936, era empleado de cierta importancia. Cinco hermanos quedaron en Madrid y cuatro en zona nacional; los dos mayores combatieron en nuestro Ejército. El y otro hermano tuvieron que alistarse en el Ejército republicano en Intendencia. Al padre intentaron darle



MADRID, 10 DE ABRIL DE 1954

el "paseo". Se enteró que le iban a enviar con el Campesino, unidad entonces de castigo y fué cuando decidió hacer los cursos de pilotos. Estaba estudiando antes de la guerra después de sus estudios primarios y no le costó gran trabajo aprobar los exámenes. Desde la escuela instalada en Sabadell les sacaron con destino a Rusia. Cruzó la frontera por Port-Bou el 6 de agosto de 1938. Iban en el autocar un grupo de 57; después se enteraron de que en sus pasaportes figuraban las profesiones falsas. Salíó de El Havre el día 23 de agosto, embarcando en el barco ruso "María Ulianova"—el nombre de la hermana de Lenin—y llegó a Leningrado el día 1 de septiembre por la noche. Pero dejémosle hablar a él.

—No me decepcionó ver—me dice—aquel muelle pobre y elemental, con una sola grúa; ni a las mujeres harapientas haciendo trabajos rudos, impropios de su sexo. Yo no he sido nunca rojo y no me había dejado engañar jamás por la propaganda. Pero tampoco había imaginado nunca que pudiera ser aquello como lo viví después. Desembarcamos hacia las diez de la mañana y había algunos grupos de mujeres con flores, porque en nuestro barco llegaban los canjeados del barco hundido "Komsomol". En el muelle de madera nos esperaban unas pocas y poco importantes autoridades acompañadas de una intérprete vieja, fea y con un aspecto lamentable; mal vestida y con un pelo estonoso, ni rubio ni blanco. Nos registraron en la aduana más que minuciosamente y se asombraron de nuestros relojes de pulsera, preguntándonos si siendo tan pequeños podían funcionar como los grandes; nos requisaron las revistas de aviación que llevábamos y nos condujeron a la estación. A las ocho y media del mismo día abandonamos Leningrado, y la intérprete nos advirtió que cuando bajáramos en las estaciones no olvidásemos cerrar las ventanillas para evitar los robos.

Le interrumpo para preguntarle cómo es posible el que se acuerde—como casi todos aquellos repatriados con los que he hablado—tan exactamente de fechas, de horas y de lugares. Sonríe y, en su voz baja, me dice:

—Lo hemos tenido que contar muchas veces allí y era importante no incurrir en contradicciones. Además teníamos que ejercitar la memoria... pensar en el pasado constantemente, porque en el presente apenas nos atrevíamos a pensar—y sigue su relato—. Durante el viaje hubo tres accidentes. Por tres veces el tren arrolló a otras tantas personas, y llegamos a la escuela de Kirovabad, donde encontramos a 130 españoles de otras dos expediciones anteriores, que se fueron poco después. Vivimos en la escuela-cuartel sin ningún contacto con la población civil. Decían que para guardar secreta nuestra presencia, pero lo cierto era que, al pasar en los autocares, hasta los niños sabían gritarnos en español: "Salud, camaradas."

Habíamos llegado el 6 de septiembre, pero no comenzamos a trabajar hasta el día 8. Nos dieron uniformes de soldados rusos y rasos de la aviación soviética, comenzando a volar en avionetas de doble mando hacia mediados de mes. Los clases teóricas eran pesadas, sobre todo porque se explicaban con intérprete. Yo volé solo en una avioneta después de dos horas y veintisiete minutos de vuelo con doble mando. El récord de suelta estaba establecido en la Unión Soviética en cuatro horas y cincuenta minutos, según me dijo mi oficial instructor, que estaba muy orgulloso de nuestro grupo.

La última vez que volé fué el 11 de abril de 1939, en un "Curtis", totalizando ciento noventa y dos horas de vuelo.

El día 12, una Comisión mixta de los Ministerios del Interior y del Exterior nos comunicó que la guerra había terminado en España, y uno por uno fuimos luego pasando para decir si queríamos quedarnos en Rusia, ir a cualquier país o ser repatriados. Yo pedí ir a Méjico, porque pedir volver a España hubiera sido inútil. Nos tuvieron allí hasta el 30 de julio de 1939. El 1 de agosto nos llevaron a Moscú. Eramos en total sesenta y seis españoles. Llegamos a las nueve y media, y seguimos en otro tren hasta la estación de Planinaia, y de allí a una casa de descanso, donde nos encontramos a todo el Comité Central del partido comunista español, al Bureau Político y a varios capítostes. Nos dieron un traje de paisano y alguna ropa interior. Parece ser que los rusos estaban dispuestos a enviarnos a Méjico, pero el Comité Central se opuso.

El día 1 de septiembre, cuando Alemania invadió Polonia y Rusia también, nos reunieron para ofrecernos como voluntarios para trabajar en la Unión Soviética. Protestamos tres en la reunión. Yo dije que me dieran un avión para combatir, pero que no estaba dispuesto a trabajar en una fábrica. Pensaba poder así escaparme; pero no nos hicieron caso. Treinta y tres pilotos negamos nuestra adhesión. Y pocos días después nos separaron de los demás y nos llevaron a otra casa de descanso de los alrededores de Moscú, en Monfio. Gozábamos de libertad, pero siempre que salíamos nos seguían dos agentes, a los que teníamos que despiatar para dirigirnos a las Embajadas pidiendo se ocuparan de nuestra repatriación. Sé que por este conducto llegaron noticias mías a España, pero no tuvimos demasiado éxito. Los treinta y nueve estábamos de acuerdo y funcionábamos eficazmente para despiatar a nuestros seguidores, y para que ninguno se desmoralizara por las amenazas de que éramos objeto. Poco después, por gestiones de la Embajada de América, dos de los nuestros, nacidos en la Argentina, pudieron salir, y otro para Méjico, y tres volvieron a España. Quedábamos ya treinta y tres. El 30 de enero de 1940, viendo que era imposible convencernos, raptaron a ocho, de los que no he vuelto a saber nada. Como protesta abandonamos la casa con ánimo de refugiarnos en alguna Embajada; pero nos echaron de todas y nos vimos obligados a volver, encontrándonos con todo nuestro equipaje desvalijado. Entonces nos trasladaron a Opalija, otra casa, totalmente vacía, también en los alrededores de Moscú. Allí declaramos nuestra primera huelga del hambre durante cuatro días, porque nos habían reducido la comida, diciéndonos que allí no comía quien no trabajaba.

—¿Dónde os sorprendió la guerra con Alemania?

—En Tolstolpalsevo, y allí, el 25 de junio, a las cuatro de la mañana, la casa fué rodeada por la Policía de la G. P. U. y fui-

HISTORIA DE TRES VIDAS

mos detenidos. Una compañía con armas automáticas y perros policía nos redujo, y en coches celulares nos llevaron a la estación de Kasan, y en un vagón de mercancías nos condujeron a Nueva Siberia—Novo Sibirak—, encerrándonos en la cárcel número 1, un verdadero infierno, pese a lo bonita que era la fachada, pintada de un hermoso color rosa. Nunca he visto un edificio tan bonito por fuera y tan terrible y tétrico por dentro. Mira.

Coge un papel y un lápiz y me dibuja el croquis de edificio, señalando dónde estaba su celda, las puertas por las que salían a los patios, los diez minutos de paseo, los calabozos de tortura.

—Estuvimos allí tres meses, los veinticinco metidos en una celda de 4,30 por 1,80 metros, durmiendo sobre el suelo, que además mojaban durante el día. Un ventanuco alto dejaba una rendija de luz, lo que nos permitía contar las horas por la raya de sol corriendo sobre los ladrillos.

Tocaban diana a las cinco y silencio a las once de la noche. Fueron tres meses de vejaciones, de golpes y de hambre. Por la mañana nos daban agua hervida y el pan de todo el día: 400 gramos de pan negro y rezumante. Al mediodía, la "valanda": agua con cierto sabor a tomate en salmuera, porque los tomates los sacaban después de hervidos para los presos comunes, y un segundo plato, eso sí, que eran 150 gramos de una sopa de cebada hervida, sin un solo ojo de grasa en el caldo. Por la noche, nada; vegetábamos. Protestamos de la comida y de estar como sardinas en lata. Yo fui a parar a los calabozos de emparedamiento. Una especie de alauddes verticales en la pared del piso bajo. Allí metían a los presos por tres, por cinco o por siete días, siempre nones, y a salir no podíamos sostenernos en pie; había otros calabozos, que también probé, en los que había que estar en cuclillas. Nos cambiaron de celda, y como no cambiamos en la que estábamos, nos llevaron a otra más estrecha, y en tres camas empotradas, de hierro, donde ni tumbados y encogidos podíamos dormir. Nuestro reloj de ladrillo lo perdimos en el traslado, y entonces podíamos saber la hora por los golpes de los cucharones en los recipientes de la comida. Durante el día teníamos que permanecer en pie, y ¡ay del que se sentaba! En la puerta teníamos un barrilete para hacer todas nuestras necesidades, y el aire era irrespirable.

Hace un año en su relato, se coge la cabeza con las manos y sigue en voz muy baja.

—Ya sé que esto es casi imposible de creer; pero te lo estoy contando delante de mi madre, y no voy a mentirle a ella.

Yo guardo silencio porque no sé qué decirle.

—A diario—sigue diciendo—nos sacaban, celda por celda, al patio, para los diez minutos de paseo. Si por un descuido de los guardianos nos cruzábamos con alguien, había que ponerse rápidamente con la nariz materia mente pegada a la pared. Al salir al patio, teníamos que llevar las manos a la espalda y la cabeza baja, mirando nada más que al suelo. Nos metían a los veinticinco en hileras en una especie de cajones descubiertos, con paredes de tronco de árbol, de unos cinco por cuatro metros de lado, y centinelas en los ángulos. Allí teníamos que dar vueltas sin parar, y sólo el que iba en cabeza podía hablar para preguntar si queríamos dar media vuelta y circular en otro sentido. Como no teníamos tabaco, arrancábamos trozos de corteza, con mucha paciencia, y con esto, y con escobas de las que nos daban para limpiar la celda, podíamos fumar.

—¿Y el fuego?—le pregunto.

Sonríe, me mira y dice:

—Te voy a enseñar cómo hacíamos lumbre.

Me cuenta entonces que con el algodón de a grán chaquetón de los que todavía conservaban formaban una laminilla, que enrollaban, haciendo una torcida como un pañillo de dientes; luego hacían otra, enrollándola en sentido contrario, y juntando las dos, frotaban rápida e insistentemente con la suela de un zapato. Cogían los dos cabos, los partían y sopando y agitando surgía la lumbre. Incluso se ofrece a hacerme una demostración. La operación duraba cuatro o cinco minutos, y había que evitar ser sorprendidos, porque de serlo, costaba el ser emparedados.

Me interocutor se sume en una de sus pausas abrumadoras y cabeceando como si le horrorizara el recuerdo, crispando los dedos sobre el pelo como queriendo arrancárselo de la cabeza. Sigue hablando, y yo tomo notas veriginosamente, porque quisiera contar todo esto con sus mismas palabras, palabras que a veces se detienen a buscar, porque se le ha ido de la memoria más de un giro o más de un maliz de nuestro idioma. A los tres meses de permanencia en este infierno condujeron a este contingente de pilotos a Krasnoyarsk, montículo rojo, a 4.500 kilómetros de Nueva Siberia. Conoció entonces el sistema de transportes rusos. Cada vez que tenían que bajar en una estación para transbordar de un tren a otro, tenían que echarse cuerpo a tierra, porque permanecer un instante en pie costaba la vida. En este campo, donde empezaron las jornadas de trabajo abrumador y donde permanecieron hasta diciembre de 1941, tuvieron noticia de la presencia de la División Azul en el frente ruso por un piloto soviético que llegó allí condenado a veinticinco años por alta traición. La alta traición consistió en abandonar su aparato arrojándose en paracaídas al ser tocado por un avión alemán. En la colonia número 1 de Krasnoyarsk los mezclaban con presos comunes y con unos 550 presos políticos, todos ellos viejos zaristas, auténticos ancianos de barbas blancas, que habían sido generales, profesores, terratenientes o altos funcionarios del viejo régimen, y que sobrevivían aún.

—Trabajé—me dice—de carpintero, de mecánico y en un taller de pintura. Llegué a pesar tan sólo 42 kilos, y mi estatura ya ves que pasa de 1,70 metros. Nos daban tres sopas al día, y hasta 600 gramos de pan, en el mejor de los casos, según hasta donde cumplésemos la "norma". A 100 por 100 de la "norma", 600 gramos; a 75 por 100, 500 gramos; a 50 por 100, 400 gramos. A los que más rendían les daban la sopa de caldera aparte; a los que menos, les servían sin hundir el cucharón; a los de 75 por 100, revolviendo un poco; a los de 100 por 100, metiendo el cazo a fondo, con lo que los tocaban algunos granos de cebada. Pasábamos dos controles al día.

A principios de octubre nos volvieron a llevar a Nueva Siberia, a una cárcel de transeúntes, donde nos robaron lo poco que nos quedaba y donde había que dejar un turno de vigilancia por las noches para que los presos comunes no nos quitaran las botas de los pies mientras estábamos dormidos. De esta cárcel nos llevaron al campo de Kasawask, donde llegamos el día de la Pilarica del año 1942. Como en los campos de transeúntes no se trabajaba, sólo nos daban agua hervida por la mañana con los 400 gramos de pan del día y una sopa a media tarde. A diario llegaban allí, como mínimo, transportes de unos 1.200 prisioneros cada uno. Por fortuna, nuestro grupo estaba muy unido, y allí tuvimos que defendernos por primera vez de los "botnois", presos como nosotros, pero organizados en bandas de facinerosos que se enseñoreaban del campo, y de sus bandas rivales, los "sukas", tan bandoleros como ellos. Únicamente con nosotros no podían, porque nos enfrentábamos a ellos en grupo. Allí dimos cada palo que valía cincuenta mil duros. Nos armamos de estaquillas cortas afadas a las muñecas y dormíamos todos en un ángulo del barracón con guardia montada para evitar que se acercara nadie. Estos bandoleros eran gentes, habilidosísimos curtidors, por años de cárceles y de campos. Eran muy aficionados a jugar a las cartas y las fabricaban en el campo en muy pocos minutos con papel de periódico y pan. No te extrañe que dedicases el pan a esto; tenían todo el que querían porque se lo robaban a los demás. Mojaban la migaja negra y filtraban el pegote por un pañuelo. Rezumaba una sustancia consistente que extendían sobre el papel de periódico, sellándolo con las cucharas, secándolo luego al fuego. Recordaban los naipes e imprimían las figuras de la baraja francesa con anillas y moldes que se fabricaban con madera.

Se pasaban las horas jugando en el suelo sin dinero, pero jugando cifras elevadas. Los que perdían pagaban con las prendas de las demás infelices. Señalaban a éste o aquél y le ordenaban entregar su abrigo, o sus botas, o su camisa, y resistir esta orden podía suponer la muerte. El campo era un bazar de compraventa y aquilero de todos los objetos. Había dueños de dentaduras postizas que las alquilaban por turno a varios desdentados por un trozo de pan.

Fui trasladado con todos los demás al campo de Kokkusek, donde estuve hasta el año 1948. Allí se nos reunieron treinta

y tres marinos españoles recién llegados del círculo polar Ártico, donde habían muerto doce. Había internados de treinta y dos nacionalidades. Encontré dieciocho prisioneros de la División Azul, de treinta y siete que habían llegado a finales del año 1942, pero estaban en otro sector del campo y no pude hablar con ellos más que cuando coincidíamos en los lavos. El peor trabajo que tuvimos allí fue el de la fabricación de ladrillos. El trabajo más terrible era el de sacarlos del horno. Había que entrar con carretillas y en una agotadora jornada de doce horas, pasando constantemente del más tremendo calor a frío más intenso, extraer cinco mil ladrillos por jornada, llevándolos en carretilla de una rueda. Quien no cumplía la "norma" seguía en el turno siguiente hasta que cubría el cien por cien.

Sigue hablando contando detalles mínimos que casi parece pintarlos palabra por palabra, hasta que me dice que estando en Karganda el 23 de mayo de 1948 les leyeron un decreto del Ministerio del Interior en el que se les anunciaba su repatriación. Ya estaban juntos los internados de los prisioneros, y a cincuenta y ocho españoles los trasladaron a Odesa, al campo número uno, donde había 6.000 prisioneros de otras nacionalidades. En este campo comenzaron las presiones ofreciéndoles que se quedaran en la U. R. S. S., mitad con amenazas y mitad con halagos. Los más fuertes de espíritu, cuando las comisiones se marchaban, se dedicaban a levantar la moral de los demás. El día 12 de junio de 1948 la dirección del campo ordenó la separación de nueva españoles.

—Yo estaba entre ellos—me dice—; creyeron que así podrían convencer a los otros mejor.

En el mes de octubre, el día 24, a las nueve de la noche, me llevaron a una habitación toda pintada de negro donde me interrogaron hasta las siete de la mañana. Había ocho oficiales, capitanes y comandantes del M. B. D. que, amenazándome con pistolas querían que firmase una declaración en blanco. No conseguí nada y me dejaron solo, "olvidándose" una pistola encima de la mesa. No me moví de la silla. Sabía que no tenía balas, y aunque no me importaba gran cosa que me matasen, como son extrañamente formalistas en muchas ocasiones, preferí no darme ninguna oportunidad legal. De allí me llevaron a una celda con dos letones, un polaco, un checoslovaco y dos alemanes. El tormento consistía en no dejarme dormir. Cada cinco minutos entraba el carcelero y a patadas me obligaba a estar de pie. Me tuvieron así cinco días, y en la celda, un día, se agravó mi gastritis, que ya por entonces era crónica. Se devoró todo el escaso alimento que tomaba. Me llevaron al hospital de prisioneros de Ascha. Finalmente, a Cheripowick, donde estábamos 241 españoles, entre prisioneros de la División Azul e internados, y declaramos una huelga de hambre y de trabajo. De allí nos llevaron a Borowichi, a trabajar en unas minas de carbón, en velas carboníferas cuya anchura máxima era de ochenta centímetros y la mínima de cuarenta, por lo que teníamos que trabajar tumbados. Llegaron ochenta prisioneros más de la División, con lo que ya éramos 341. El 5 de abril del año 1941 en el campo número tres, en Borowichi, declaramos los españoles la huelga de hambre. Yo estaba en el barracón-hospital enfermo con mi quinta pleuritis, pero pedí el alta para incorporarme a la huelga. Duró nueve días. De allí nos llevaron a unos cuantos al campo de las Arenas, de donde me volvieron a Borowichi. Juzgaron a ocho condenándonos a veinticinco años de trabajo, y luego, a cerca de medio centenar, que los condenaron a diez. Nos trasladaron al campo secreto del bosque, donde no conseguimos hacernos trabajar.

Es curioso que este hombre haga una pausa y me pregunte a mí si estoy cansado de escuchar, cuando es él el que visiblemente está impresionado por su recuerdo en voz alta y sensiblemente con los nervios en tensión. Me dice que ya a término en seguida, y como ya apenas es necesario tomar más notas llevamos casi tres horas hablando, le invito a que salgamos a la calle. Vamos hacia el centro de Madrid en coche mientras él me sigue contando. Mira la ciudad iluminada, a la gente que pasa aprisa y a los escaparates repletos. Contempla en silencio el Madrid que él abandonó el año 1938 y que ahora encuentra dieciséis años después. "Qué bien vivis", me dice, y guarda un largo silencio. Termina contándome rápidamente la etapa final de su centenario.

El 22 de febrero de 1952, con cuatro más, me llevaron a Riewda, en el Ural; allí encontré al capitán Palacios, con diecisiete españoles. El 19 de febrero de 1954 nos llevaron a Krasnopol. El 23 de marzo se puso el tren en marcha hacia Odesa para embarcar en el "Semiramis".

Vuelvo a acompañarle a su casa y a dejarle entre los suyos. Me habla este hombre de su presente y de su futuro. De sus problemas. De sus temores y de sus esperanzas. Me dice cosas que no podré olvidar. En el portal de su casa le veo andar un poco más erguido que cuando comenzamos la conversación. Minuto a minuto se va quitándose de encima el peso de aquellos paseos con las manos a la espalda y la cabeza gacha por el patio y los cajones de la cárcel número uno de Nueva Siberia. El peso de esa horrible matemática de la "norma" de los cinco mil ladrillos o de la cifra imposible de las toneladas de carbón. Va vestido con un traje oscuro que le viene ancho. Lleva una camisa azul de cuello abierto que le dieron en Barcelona las camaradas de la Sección Femenina y en la solapa la cruz blanca y las cadenas del emblema de ex cautivo por España, y no creo que haya nadie que pueda negarle este honor.

EL tercero de los que me cuentan su historia es un viejo amigo y camarada. Falangista de la Vieja Guardia y soldado en la compañía de ametralladoras de mi batallón. Le hicieron prisionero el 11 de noviembre de 1941 en Possalok. Alacaron los rusos, anegando la pequeña posición española, avanzadilla del primer batallón de Esparza, que guarnecía Possad, destacada con ánimo de dominar el cruce de la carretera de Radoscha. La ametralladora de la que era servidor agotó su munición y hubo de arrastrarse trescientos metros sobre la nieve para traer más. Cuando se disponía a volver, su máquina ya no cantaba. Las bombas de mano soviéticas fueron silenciando las otras ametralladoras de su sección, sin que él pudiera llegar. Refugiado en la guardilla de una isba con otro camarada sevillano, mientras las pocas casas de madera ardían como antorchas, vio cómo los rusos dejaban la posición atrás combatiendo con los refuerzos españoles que llegaban, apenas una sección formada con pelotones de las tres compañías de fusiles del batallón. Desde su escondrijo me dice que hizo diabluras, y cuando le pregunto por qué diabluras, me cuenta que gastó todos sus tiros contra los rusos que veía con cartería portañanos: los jefes, los oficiales y los sargentos. Lo cogieron sin darse cuenta cómo. Se vio rodeado de repente por las bayonetas triangulares.

—No me dió tiempo a esconder la documentación personal que llevaba. En el puesto de mando me interrogaron pidiéndome detalles que no conté, y con cuatro prisioneros más me llevaron a Valdai. De allí a Gorky, cerca de Moscú, en treinta y tres días de viaje metido en un vagón sin más alimento que agua hervida y una cola de pescado por día y dos trozos de "sujari". El "sujari" es pan negro húmedo, cortado en rebanadas y tostado. El pescado estaba en salmuera, y con pasar tanta hambre, pasamos mucha más sed. Por fortuna, el frío convertía los hierros del vagón y los tornillos de su armazón metálica en chupones de hielo al congelarse el vaho animal del interior. Aplicando los labios a estos chupones, nos aliviábamos un tanto. Llegamos al campo de Orenky, cerca de Moscú, donde nos hicieron trabajar limpiando nieve y dándonos la misma comida: un trozo de pan—"santo tacho de pan y santa sopa"—, y por las mañanas agua hervida y siete gramos de azúcar. La Nochevieja la pasamos en este campo; la Nochebuena, todavía en el tren, celebrada con una colilla que me dió un prisionero alemán que había estado en la Legión Cóndor. Allí estuve todo el mes de enero,

El 1 de febrero, supongo que por culpa de las fotografías que me habían cogido vestido de uniforme de la Falange, me llevaron a la Lubianka, en Moscú. Me avisaron del viaje estando en el baño. Me dieron un capote de piel, además de mi ropa, y me metieron en un trineo. En la Lubianka me hicieron desnudar, me tomaron las huellas dactilares de pies y manos, sin olvidar las palmas y las plantas, y me hicieron radiografías y un detenido examen médico, porque también los diagnósticos, esto lo he sabido luego, sirven para identificar. Me encerraron en una celda de un metro ochenta de ancho por cuatro de larga. El techo alto, un camastro y una mesa. A las cinco de la mañana sonaba un timbre y había que levantarse, recoger el jergón y permanecer sentado. Si caía en la tentación de tenderme, asomaba el guardián por la mirilla de la puerta, obligándome entonces a estar de pie. A las cuatro, otro timbre concedía una hora de siesta, y a las diez, el tercer timbre me mandaba dormir. Como la Constitución staliniana establece que el que no trabaje no come, me daban por la mañana cuatrocientos gramos de pan para todo el día y una taza de "chai", el eterno té ruso. A la una, sopa clara de pepinos sin pepinos, y a la noche, otra sopa igual o de ortigas cocidas. En la Lubianka están estudiados los menús caloría por caloría, y éste era el menú justo para mantenerme vivo. Estuvo calorías días allí, y a las diez de la noche del 15 me vino a buscar un oficial, que me condujo por pasillos alfombrados, absolutamente silenciosos, a la central de la G. P. U., instalada en un palacio antiguo, unido a la cárcel por un pasillo aéreo. Me llevó al despacho número 75. Todo era de un lujo oriental en maderas, mármoles, tapices y alfombras; había un hall, una secretaría y el despacho propiamente dicho, donde, tras una mesa me esperaba sentado un general de la Policía y ocho o diez oficiales superiores. Desde las once de la noche hasta las cuatro de la mañana me preguntaron por todo. Me hicieron explicaciones lo que significaba cada papel de mi cartera, que estaba sobre su mesa, y me preguntaron por toda la historia de mi familia y hasta que cómo me trataban en el campo. Actuaba de intérprete otro oficial, indudablemente español exiliado. Yo contesté la verdad: que no pegaban allí a nadie, pero que todas las mañanas se ahaban en un trineo siete u ocho muertos de hambre. El intérprete no quiso traducirlo y discutí con violencia. Finalmente me llevaron a mi celda, donde permanecí otros calorías días, hasta que me sacaron diciéndome que iba de nuevo al "Lager". Creí que volvía al campo de Orenky, pero acompañado de un sargento y de un guardia de la Policía llegué a la estación y subí en un tren lleno de personal civil que evacuaban de Moscú. Unos gritos del sargento bastaron para que nos dejasen sitio en un departamento. El viaje duró siete días.

—¿Qué comías?—le pregunto.

—Yo llevaba un saco con las provisiones de todos, y la gente que iba en el departamento me daba algunos trozos de pan. Después de siete días de viaje subimos a un trineo, y tras otros siete me entregaron en el campo número 95 de El Labuga, situado en la confluencia del río Kama, afluente del Volga, cerca de la antigua capital de los tártaros. Me metieron en un sótano del edificio de la dirección del campo, y a los tres días se presentó un llamado profesor Arnold, acompañado de una secretaria española, a la que llamaban doña María. Todas las noches, a las once, me hacían subir a un despacho, me ponían delante una taza de té y un trocito de azúcar de plión junto con un paquete de "majorca" el peor tabaco ruso, y me preguntaban con toda cortesía. Una de las cosas que me explicaron lo que era la Falange, cosa que hice por escrito, de la mejor y más entusiasta manera que supe. Al cabo de varios días me presentaron que ingresase a su servicio, incluso como agente del servicio exterior. Como es natural, me negué. Desaparecieron, ingresé en el campo y comencé a trabajar con los demás en las minas de "Labuga", llamadas de la muerte, en jornadas de doce horas y con una "norma" de cinco toneladas de piedra caliza. Era yo el único español en el campo. Allí estuve hasta que, al impedir el invierno seguir el trabajo, trabajo que había que cumplir con una bronquitis treinta y nueve grados de fiebre y una aspirina, cerraron las minas y nos trasladaron por el río al campo número 58, donde llegaron ocho mil quinientos italianos, en la región de Saransky. Me cogieron para cargar los lanchones, y al subir por la pasarela con un saco de harina a las espaldas se me rompió la cuerda y volqué toda la harina en el agua. Aquella fue mi primera paliza de muerte. Me hirieron al fondo del lanchón sangrando por todas partes. En el campo se desentendó una epidemia de disentería, malaria y tifus. Se suspendió el trabajo y pidieron sanitarios, ofreciéndome más comida a quien se presentara. Me presenté para sobrevivir, y aunque me contagié de disentería y de malaria, fui de los pocos que se salvaron. Puedo decirte que cuando se cerró el campo para trasladarlo a otro, en diciembre de 1943, el libro de registro del depósito de cadáveres pasaba de la cifra de los veintiséis mil muertos. Los italianos, sobre todo, morían a chorros, y los sanitarios tenían que hacer guardia para evitar que los familiares cortasen trozos de carne a los cadáveres.

Todo esto me lo ha contado mi viejo amigo y camarada, mientras esperamos en la antecámara de un médico madrileño a que le extraigan sangre para hacerle unos análisis. Luego ha seguido la vida de todos los demás. Ha pasado por treinta y tres campos de trabajo, separados entre sí por miles de kilómetros de nieve, de tundra o de estepa, y por tantas cárceles que no recuerda su número. Sólo en Smolensko estuvo siete meses en la cárcel, llamada Amerikanskadoma—la Casa Americana—, porque fue construida por un ingeniero americano el año 13. Cárcel tan terrible que su constructor, al caer a su vez en un campo de trabajo, y sólo por haberla construido, fue muerto por los reclusos. Allí fue a parar este hombre porque estando con un grupo de otros cuatro españoles dedicado a la carga y descarga de camiones en Smolensko, al bajar alto el trabajo, un capataz de la población civil quería obligarles a seguir trabajando. Como se negaron, insultó gravemente a las madres de los españoles, y mi camarada le metió a puñetazos "las narices en el cogote". Un Triunfo le condenó a diez años de trabajos forzados. El frío y falso legalismo ruso le permitió hacer venir desde cientos de kilómetros a otro español para que actuase de intérprete y pudieran ser juzgados.

—Lo hice para que supieran de mí y no dejaran que me perdiese en aquella inmensidad tenebrosa.

No hay tiempo ni hay espacio para contar lo que estos tres hombres me han contado en cuatro horas largas cada uno de relato minucioso. Ha dejado a mi viejo camarada al salir del médico con su hermano, también divisionario y también de la Vieja Guardia, que no se separa de él para librarse de la tentación de una copa de coñac o de una comida fuerte, y para cuidarlo, en definitiva, como a un niño pequeño. En lo escrito hasta ahora no hay ni un adarme de literatura. Ni he querido ni hubiese podido ponerla con mi pluma. Los hechos están contados crudamente, con sus mismas, sencillas y tremendas palabras. Al final, estoy lleno de interrogantes. ¿Todo esto por qué y para qué? ¿Cómo es posible que esto suceda, gravitando sobre millones de hombres y amenazando a muchos millones más, en un tiempo y un mundo civilizado? ¿Cómo podemos entender el que conociendo todo esto, y lo que aquí falta por contar, pueda ningún cristiano, ni ningún hombre de Occidente, convivir y dialogar con los responsables de estos sucesos sin medida? Todo cae, como decía al principio, fuera de nuestra capacidad de comprensión. Se trata de una vida y una muerte pensadas por cerebros absolutamente distintos, fuera del límite físico y moral de lo que nosotros entendemos por humano. Oyendo a estos tres hombres, toda la literatura terrible que cuentan de la vida tras el telón de acero se me ha quedado pobre. Ninguno de los libros impresionantes llegados hasta ahora a mis manos iguala en dramatismo al relato de estos tres auténticos resucitados, que habían despedido, en voz baja, con los ojos mirando a un punto perdido: que cuentan cosas y más cosas que son verdad, y que a sabiendas de que son verdad se nos resiste el alma a creer.

Antonio JOSE HERNANDEZ NAVARRO

Siete días con los repatriados

Lo primero de todo fué el silencio. Silencio y mar Negro fueron una misma cosa. No querían hablar, casi ni salir de los camarotes. Tenían miedo. Por si acaso. Cada uno se escondió como mejor supo. De cuando en cuando miraban las orillas del Bósforo y suspiraban. Algun valiente, considerado como insensato, no dejaba de exclamar, queriendo hacer un chiste:

—Parece que vayamos al cautiverio en vez de regresar.

La dama francesa de la Cruz Roja que los había recogido en Odesa adelgazó unos cuantos kilos en dos días de viaje.

—Nunca olvidaré—nos decía—cómo se restregaban los ojos al ver el barco.

No se lo creían los pobres. Al parecer, varias veces habían sido víctimas de emboscadas y burlas, a pretexto de ser repatriados.

En Estambul—la ciudad, de todas las que yo he visitado, que más se parece a Babel—, las lenguas comenzaron a soltarse. Hablaban a borbotones, y era como el estuvieran creando de nuevo las palabras. Se podía hablar abiertamente en castellano, porque en castellano preguntábamos y respondíamos todos los que habíamos subido al barco.

No teníamos cara de "simulantes" ("simulante" es una palabra que, según me han dicho, emplean mucho los rusos). Al último que le llamaron esto fué a José López: "El Bicieta" (de Sevilla), que había llegado trabajando a una fase de extenuación total. Todas las días, a las tres horas de trabajo, caía al suelo bajo la carga de leña o con el pico en la mano. Otros compañeros se ofrecieron a hacerle la "norma" para que pudiera sacar la ración: 300 gr. mos de pan y una sopa de ortigas y pepinillos. "Este es un simulante; no quiere trabajar", decían los guardias del campo. Un día cayó al suelo y no se levantó. Cuando lo llevaron al campo, la "médica", por toda medicina, le dió jabón cocido: "Seguro que es que ha comido alguna hierba venenosa". Así murió el "simulante" José López, llamado "el Bicieta", que se fué al otro mundo con treinta y cinco kilos de peso y en muy pocos días.

El hambre debe limitar mucho el vocabulario. También, claro está, la falta de costumbre. De cuando en cuando les brotaban, además, palabras en ruso, en alemán y hasta en finlandés.

Habían perdido el hábito del diálogo y hablaban en voz baja, como acostumbrados a la conspiración o al solloquio. Para entenderse con los "jefes de campo" y con los centinelas había tenido que aprenderse un breve diccionario de circunstancias: "No quiero", "Y tú, más", "No me da la gana", "Y yo, en la tuya". A veces uno agradece enormemente una bofetada, y éste era el único modo de merecerla. Un día, Antonio Lavín fué fustigado por la espalda mientras hacía sus necesidades. Creo que le acababa de decir al centinela: "Que te frian un huevo".

Era el suyo ya un lenguaje de locos y suicidas. Pero lo menos que puede exigir la víctima es que el verdugo le entienda.

—Cómo se trabucaban! Es difícil adaptar de pronto, así de repente, el lenguaje a la alegría, a la emoción, al entusiasmo y a la il-

bertad: a la vida. Pero poco a poco fueron aprendiendo a hilvanar un párrafo entero, y fueron, al mismo tiempo, elevando el tono de voz.

—Pero no se os entiende; hablad más alto. ¿Es que tenéis miedo?

Si; era sencillamente que tenían miedo. Miedo de hombres a los que el látigo ha convertido un poco en bestias recelosas. Miedo de hombres a los que una fe sobrehumana ha transformado un poco en dioses. Miedo de hombres escarncidos, que, llegando de las galeras del dolor, sienten pavor y desconfianza ante los que se les presentan como venidos de la feria de las alegrías.

Muchas cosas hay que agradecerle a Grecia a través de la Historia, pero desde ahora hay que agregar una más, y ésta es muy justa que se la apunten los españoles como deuda perpetua: el mar de Atenas, su cielo, su luz, su sol, su aire fué quien devolvió el habla a 286 desenterrados. Puede ser que el más horrendo suplicio de estos mártires sea el de haberles privado de la lengua con la que rezaron de niños, cantaron de "quintos" y amaron de hombres.

Y es que Grecia verdaderamente hace milagros. Fué justamente a la altura del Partenón cuando las palabras "madre", "novia", "paella", "vino" comenzaron a circular sobre cubierta como gaviotas hambrientas desafiando el amoroso mar.

Al salir de los Dardanelos ya se puede decir que había terminado la opresión, la angustia y el silencio.

El Mediterráneo nos trajo aquello de que todos quisieran hablar a la vez. Del silencio, pasando por la tarlameudez, llegamos a la locuacidad. Ahora ya todos querían contar su caso.

UN VIEJO LOBO DE MAR QUE SE MAREA

—Es cosa del estómago—decían unos.

—Será la cerveza—apostaban otros.

El caso es que el viejo lobo de mar—muy delgado, calvo, pero con una barriguita increíblemente hinchada—, después de diecisiete años de tierra firme, de mina y carretera, había perdido su condición de marinerito y se mareaba.

Se mareaba atrocemente, y aunque el mareo le daba vergüenza—mucha vergüenza—, en el fondo del alma se sentía contento, como un niño que resistiera heroicamente unos zapatos estrechos simplemente por el gusto de lucirlos. Se mareaba, y esto le hacía feliz. De tarde en tarde, solamente por disimular, se lamentaba:

—Mecachis en la perra.

Su mareo era como una irresistible alegría, pero al revés. Había soñado tanto y tan locamente, con tanta desesperación, la vida de a bordo, que, de mo-

mento, no podía resistirla. Se pasaba las horas enteras entre los botes salvavidas, pasándose la mano por la frente. A mi me hizo mucha gracia cuando le oí decir, ya rendido:

—Nunca me he sentido mareado y tan a gusto.

Y respiraba afanosamente, como si se estuviera fumando un habano.

Estaba un poco humillado; sobre todo porque muchos se refan, pero era feliz. Y por su doble fila de largos dientes y por su larga barba, algo rubia, le caía una interminable sonrisa hasta la punta de los pies.

A pique de cumplir los sesenta recibía este viejo lobo marino un nuevo bautismo del mar.

¡ESE PERRO, ESE PERRO!

La obsesión del prisionero eran, más que el "jefe de la M. V. D." o los centinelas, los perros. Un perro de los campos come mejor que cincuenta hombres juntos, y su papel lo cumplen, eso sí, a la perfección. Si un prisionero desaparece, la policía del campo coge los perros y les pasa por los hocicos las prendas del evadido, su cabezal, la manta, su pico y su pala.

El perro es listo y ya sabe. Su oficio es dejarse llevar por el olfato, echar a correr a campo traviesa, resoplando, ladrando, tirando bruscamente de los soldados, zigzagueando por entre bosques y ríos.

El fugado ha atravesado cien, doscientos, trescientos, hasta casi mil kilómetros, disrazado quizá de soldado ruso. Ha comido hierbas, ramas, culebras, hongos, lo que ha encontrado al paso.

Quizá en medio del camino se ha encontrado un día con un campesino ruso que se le ha quedado mirando fijamente. El campesino lo ha visto y ha cerrado los ojos. El campesino no ha querido ver nada. Lo importante en Rusia es no enterarse de nada, no saber nada. Quizá también al día siguiente el huído se ha encontrado con una muchacha que sale de una aldea con un talego y dos panes. El prófugo ha mirado los ojos de la rusa y su boca y su cuerpo. Hasta es posible que, estando ya sin fuerzas, haya perdido el tiempo, de su fuga haciendo el amor a la muchacha.

Un pan, medio pan, acaso era suficiente para resistir cinco días y alcanzar la frontera.

¿Pero dónde está la frontera? El escapado no lo sabe. Va por donde lo lleva su instinto. La única orientación que tiene es una partida de grajos que revolotea sobre su cabeza.

Vuelve a encontrarse con campesinos que le miran y se esconden. Nadie querrá saber nada si algún día le preguntan. El campesino ruso, sufrido, paciente como ninguno, sabe callar. El campesino nunca delata a los prisioneros.

Por fin un día, una noche cualquiera, el evadido se da cuenta de que está cerca de la frontera. No sabe si intentar pasar de noche o esperar al alba. Se esconde entre unos árboles.

Un tango en el que no se habla de la mujer que va con otro, en el que uno no pide de rodillas perdón y un poco de cariño por piedad, debe de ser un tango frío y racional, que si se llama tango y se canta como tango, es tan sólo para hacer más tonta y llevar la serie de penas que refiere.

Los españoles prisioneros también se inventaron un tango, tango que cantaban mientras arrastraban troncos de las orillas de los ríos helados o cuando, con frío en la tripa y en el corazón, se recostaban en los mojados y húmedos suelos de los campos de trabajo.

De ningún modo puede decirse que este tango sea un prodigio de inspiración literaria, cosa que parece ser que está reñida con el género. Pero tiene sentimiento, un sentimiento monótono, sencillote. Quizá su autor sea un campesino de Soria o un huertano de Castellón. Acaso tardó dos o tres años en componerlo; pero, al final, ya lo cantaban los universitarios de Deusto y Salamanca. (El himno "oficial" del cautiverio—como quien dice—podrá saborearlo el lector en "El Español" si le interesa. El tango del prisionero estaba hecho para ser cantado en pequeños grupos, mientras que el himno del cautiverio se cantaba en los momentos de plantas colectivos.)

Si algún recopilador de tanques quiere recogerlo, ¡qui lo tiene!

Muy lentos se pasan los años sufriendo dentro de la prisión, dejando las huellas marcadas y en sangre grabadas en el corazón.

Son once los años que lleve cautivo, regando el sudor,

han dicho nada. Yo fué detenido cuando la revolución de Lenin.

La cosa parece una parábola o una broma. Y es verdad. Más de un español ha llegado hasta cerca de las fronteras. Los perros dieron con ellos. Unos pueden contarlos. Otros no.

Esta terrible historia me la han contado en el "Semiramis". Me la han contado un día en que yo recorría los camarotes y escuché unos gritos espantosos e histéricos. Los compañeros apenas si hacían caso.

—Pero ¿qué le ocurre a éste? —Tiene la obsesión de los perros. Todas las noches se despierta lo mismo: "¡Ese perro, ese perro!" Y nosotros, de broma, le llamamos el "Guau".

Ni en pleno Mediterráneo se libraba este pobre muchacho de la pesadilla de los perros.

QUE VENGA EL DE LA DENTADURA

Mira por donde un español con dentadura postiza ha hecho su agosto en Rusia. Igual que algún otro español, perdió todos los dientes por tener uno de oro—un diente de oro es una grave tentación para cualquier centinela—, este hombre maduro, lo que hizo, desde el primer momento, fué alquilar sus dientes postizos, sin que tampoco pueda decirse que abusara. Como el pan es duro, duro y negro, muchos alemanes e italianos que habían perdido la dentadura, llamaban al español y le decían:

—Déjanos los dientes para que podamos comer.

—¿Qué me dais?

—Te damos una tableta de pan.

El español recogía de cada alquilar un pedacito de pan del tamaño de una pastilla de chocolate. Y cuando él estaba barto—bueno; esto es un decir—regalaba trocitos de pan a los compañeros.

—Pero no crea que he sido muy usurero; muchas veces la he dejado "gratis".

Miraba yo sobrecogido de pavor la prodigiosa dentadura que ha hecho sobrevivir a más de un prisionero.

Tampoco esto, si no lo veo y me lo cuentan los mismos protagonistas, no lo habría creído nunca. Una de las cosas que más ha impresionado a rusos, lituanos, letones, italianos, alemanes, finlandeses ha sido la fortaleza de dientes de los españoles, y para uno que la tenía artificial...

NO HAY NADA MAS TRISTE QUE EL TANGO, PERO UN TANGO EN LA SIBERIA YA ES EL COLMO

cubriendo las sombras del lodo, el cuerpo dormido, sin fuerza y calor.

Oculto del mundo me tienen, me ocultan con duro tesón, negando la patria y la madre, ¡Oh, triste destierro! ¡Un encuentro perdón.

PORQUE EL ESLABON NO SE ROMPA

El contacto con España lo tuvieron los repatriados, desde el primer momento, a través de los periodistas. Cada uno de nosotros tenía una cola como si fuéramos confesores en tiempo pasual. No sólo venían buscando noticias. Todos querían saber rápidamente qué cosa nueva de su provincia o de su pueblo le llamaría más la atención. Pero tanto como informarse, acudían para dar datos y detalles de todo lo que habían sufrido. Todos tenían como grabadas a fuego fechas y nombres. Es increíble cómo podían recordar con tanta exactitud y nitidez apellidos, ciudades, días y horas. Sólo el vacío inmenso del cautiverio puede dar esta obsesional terquedad memorística.

En el "Semiramis", cada uno iba haciendo una lista con los nombres de prisioneros de distintas nacionalidades que había conocido y tratado. Habían prometido enviar noticia de todos a sus familias. No podían sacar nada escrito. Tenían que conservar los nombres y direcciones en la memoria. Lo primero que hicieron, después de escribir a sus familias, fué apuntar estos nombres de compañeros de cautiverio.

EL TARTAMUDEO

El tartamudeo general comenzó cuando un servidor tuvo la suerte de encontrar por primera vez en el aparato de radio del salón del "Semiramis", Radio Barcelona. No era tampoco un tartamudeo: era un hipo contenido y roto, que nos puso a todos en la garganta una especie de bola de billar amasada con retama y ajo.

Me fijé en uno que estaba separado de todo aquel enjambre de cabezas, amargo y remotísimo.

—A ése, ¿qué le pasa?

—Ese es portugués.

—¿Y qué hace aquí?

—Se vino con nosotros a la División Azul, y ha pasado todo lo que nosotros hemos pasado.

Me fijé en uno que estaba separado de todo aquel enjambre de cabezas, amargo y remotísimo. Me fijé en uno que estaba separado de todo aquel enjambre de cabezas, amargo y remotísimo. Me fijé en uno que estaba separado de todo aquel enjambre de cabezas, amargo y remotísimo.

Me fijé en uno que estaba separado de todo aquel enjambre de cabezas, amargo y remotísimo. Me fijé en uno que estaba separado de todo aquel enjambre de cabezas, amargo y remotísimo.

Me quedé turulado. Siempre para cualquier cosa, jovial o triste y en cualquier sitio, rico o pobre hay un portugués.

De ningún modo le llamaré despistado.

"MAMA VIVE"

Un personaje importante en "Semiramis" fué, desde el primer momento, el telegrafista, un chico, moreno y refunfuño, que cada vez que acudíamos a entregarle las telegramas, o a recogerlas, señalaba sus enormes bíceps y se taah:

—¡No puedo más! Están "pitos".

El pobre telegrafista ni dormía. El primer telegrama que llegó al borbido fué el de una novia que firmaba "tu viejecita". El segundo fué el del Caudillo. Después llegaron a centenares. Llegaban incluso para nombres y apellidos que no figuraban en el libro de que recibía un telegrama, lo que le hacía, y luego se lo iba leyendo, uno por uno, a todos los días. Y todos parecían recibidos go propio en los mensajes de sus compañeros. Los "nuevos solitarios" del vecino de camarote sabían a ser os sobrinos de todos. Hasta tal punto estos hombres se sentían unidos e identificados con una emoción común. Ya no sólo la Patria era la misma para todos, sino que la familia y los seres queridos eran compartidos e indivisivos.

Lo que más nos inquietaba eran aquellos rostros pensativos e inquietos de los que no recibían noticias. ¡Nunca un barco había transportado tal carga de dudas, ansiedades y anhelos!

Pero todo esto de los telegramas mas fué nada comparado con el saludo de Radio Barcelona. Desde que los recibes fueron despegándose y la confianza y la certeza de la libertad se posesionaron de los corazones, los repatriados pasaban el día y parte de la noche manipulando en la radio para captar las emisoras españolas. De todas las llamadas que durante casi veinticuatro horas escucharon el "Semiramis", ninguna me produjo tanta impresión como la de Esteban Benete Caudillo, llamando a su hermano gemelo, Joaquín, y diciéndole:

—¡Mamá vive!

Joaquín salió corriendo por los pasillos, se tiró un gran bruto, luego dió varias volteretas, como si estuviera ensayando un número de circo.

En aquella frase: "¡Mamá vive!", es que mefios entendí más que la existencia de una mujer enlutada y entristecida por la ausencia de un hijo, al que ya no esperaba. Y es que también aquí "¡Mamá vive!", quería decir "¡España vive!", quería decir "La vida comienza de nuevo".

José Luis CASTILLO PUCHE

QUINIELA DE LA CULTURA

D. **VO. LECTOR:**

Calle. **VO. LECTOR:**

Pobl. **VO. LECTOR:** Prov. **VO. LECTOR:**

QUESTIONARIO N.º 124344

¿En qué batalla famosa intervino Cervantes?

¿Cuál es el nombre de la figura con los brazos extendidos que se encuentra en la quiniela?

¿Cómo se llama la hija de Teresa de Jesús?

¿En dónde se encuentra la famosa "Calle de la Quiniela" que no sepa?

¿Qué rey de España hizo construir el monasterio del Escorial?

ENVÍELO ANTES DEL 19 DE ABRIL!!

En el caso de que quiniela se haya unido a un grupo de amigos, ¿cuál es?

(APARTADO DE CORREOS 1372 BARCELONA)

TRANSPORTES POR CARRETERA

SERVICIOS DE MERCANCÍAS DE MADRID A LAS DISTINTAS REGIONES Y CAPITALES DE ESPAÑA

- ANDALUCIA Y MARRUECOS**
AUTOSUR. — Cáceres, 2. 278502-274792-278804
Transporte a toda Andalucía y Marruecos.
JAEN. — TRANSPORTES PASCUAL. — Juan de Austria, 11.
JAEN y su provincia. — Buítrago. — 394076.
- ASTURIAS**
GIJÓN, OVIEDO, AVILES, PRAVIA. — García Mares. 277092.
- CASTILLA Y LEÓN**
LEGOVIA, CUELLAR, VALLADOLID, LEÓN. TRANSPORTES FRAGA. — 239455.
LEÓN, PONFERRADA, ASTORGA, LA BARRERA. — GARCIA MARES, 277092.
- EXTREMAUDRA**
TRANSPORTES EXTRE.
- MADURA.** — Calle Pravia, 29. 33-42-38 33-39-27
- GALICIA.**
LUGO, ORENSE, VIGO, PONTEVEDRA, SANTIAGO, CORUÑA, FERROL. — García Mares, 277092.
- LEVANTE**
ALICANTE. 273628. VALENCIA. 273629.
- SANTANDER**
SANTANDER TORRELAVERGA. — García Mares, 277092.
- TRANSPORTES VASCOS**
BILBAO. — 271114. BURGOS. — 271114. VITORIA. — 271114. BARCELONA. — 271114. ZARAGOZA. — 271114.

Recomendamos e invitamos a los suscriptores, lectores y simpatizantes de nuestro periódico hagan uso de la prestación de servicios que les ofrecemos en esta Sección por ser Agencias de toda solvencia, seriedad y garantía

PARA ESTOS ANUNCIOS: TELEFONO 220611

DESDE 18.000 PESETAS ENTREGA INICIAL

y amortizaciones mensuales de 219 ptas. y 337 ptas.

Venta de pisos a estrenar, exentos contribución veinte años

INFORMACION Y VERLOS EN AVENIDA GENERALISIMO, 125 (Puente Vallecas)

De mujer a mujer

por NURIA MARIA



CONTESTACION A ESPERANZA

Sigue queriéndole, sí, pero como es buena, recta, cristiana, todo su amor y excusa que se diera a sí misma para justificarse, no acallarían su conciencia.

Su primer impulso, porque en él hablaron espontáneamente sus principios intachables, fue dejar sus relaciones y redimirle a su novio el incumplimiento de un deber sagrado. Debe mantenerse en esa primera postura, haciendo caso omiso a las súplicas de su corazón enamorado. Entre su novio y usted no se interpone simplemente una mujer, sino una inocente criaturita víctima de una irreflexión que no es justo hacerle pagar a ella. Admitamos que él esté enamorado de usted y no lo esté de "ella", pero esto no significa que los derechos de ese hijito entonces queden anulados. No sería el amor algo tan maravilloso como es, si no entendiera el lenguaje del deber, que se impone por encima de egoísmos, brindando fuerzas para llegar a la renuncia. Si usted y cuantas mujeres se encuentren ese hombre en su camino, tienen el sentimiento de la maternidad arraigado, presintiendo la tragedia de un angelito sin hogar y sin nombre, él, tarde o temprano al querer formar una familia, sintiéndose mayor y sólo, volverá a la única que tiene derecho a ser su esposa, y cederá al influjo de su hijito porque si ese hombre de bien, no puede permanecer sordo a la voz de la sangre.

No quiera ser obstáculo, Esperanza, en la vida de esa criaturita.

turita, y sea, en cambio, eso para él, una esperanza. La esperanza de un mañana en el que tendrá como todos los niños, padre y madre, un hogar, un nombre. A usted le queda esa otra esperanza. La de que por buena y generosa, el amor volverá a sonreír en su vida, y siendo su portador, el hombre integro moralmente, a que tiene derecho a aspirar una mujer como usted.

CONTESTACION A LA IMPACIENTE

De sentir algo ese muchacho por usted, no se apure en adivinanzas, que él ya lo insinuará. Ha elegido un seudónimo acertadísimo. Impaciente. No lo sea tanto. Cada frute debe madurar despacito, y si se pretende cogerle cuando aún está verde, se expone uno a que le desilusione con su sabor agraz.

Para esa imperfección de sus hombros, se impone la gimnasia. Procúrese un libro que trate de ella y durante cuarenta y cinco minutos diarios ejecute los ejercicios apropiados para corregir su defecto, y que para su mejor comprensión, encontrará en el libro acompañados de dibujos explicativos. No estaría de más que llevara unos tirantes destinados a este defectillo por una temporada.

Distinguida Nuria María: Le ruego trate de resolverme este conflicto. Tengo un jersey azul marino y tiene unas cenefas hechas del mismo punto, que imitan al de cruz, en los colores blanco y encarnado. Teniendo necesidad de lavarlo, no me atrevo a hacerlo, porque me han dicho que toman el tinte unos colores con otros.

No dudando que usted resolverá lo que debo hacer para evitar que ello suceda, le doy las gracias anticipadas y pido a Dios la siga protegiendo.

Una lectora

CONTESTACION

No quiero darle muchas esperanzas, porque la lana de color, la mayoría de las veces, destiñe poco o mucho, y habiendo tres colores nada menos en su jersey, el riesgo es mucho.

Ahora bien, sea como sea, ha de lavarlo, por lo tanto proceda como la explicaré, y tal vez sea un éxito la operación. Disuelva jabón de coco o simplemente un buen jabón en polvo, en agua tibia, hasta obtener abundante espuma. Añada un chorrito de amoníaco. Sumerja la prenda en el líquido y sin estrujar, lávela tan rápidamente como pueda. Cuando ya esté limpio el jersey, aclárelo con agua abundante, cambiándola continuamente. En el último aclarado eche en el agua antes de introducir el jersey, dos gotas de salufumant por litro de agua y déjelo sumergido en el agua un rato. Al sacar el jersey envuélvalo en una toalla y le escurre. Repita la operación con un par de toallas más. Desprovisto de casi toda la humedad, procure tenderlo donde se le seque con rapidez. La finalidad es ésta, que no rezumando agua, se evite el destiñido.

Me alegraría que consiguiera su deseo.

CONTESTACION A LUCERO M. F. S. T.

Su caso es de aquellos en que sólo hay que aguardar. El tiempo le dará la solución a la pregunta que se formula, y usted, a Dios gracias, como es muy joven, puede permitirse el lujo de esperar. Tenga la seguridad absoluta que el muchacho, si es cierto que siente algo por usted, tarde o temprano dejará intermediarios aparte y directamente se dirigirá a usted.

CONTESTACION A YAMINA DE LEON

Error lamentable, hijita. Conociendo los sentimientos de él, tan halagadores para usted, ¿por qué disimuló y tergiversó los propios al contestarle? Esto es, a mi modo de entender, jugarse la felicidad.

Escríbale, puede que aún esté a tiempo de rectificar. Dígale que no haga caso ninguno a su última carta, que fue de prueba simplemente y espere. Puede que, bondadoso, se avenga a no dar por recibida la suya y sea posible hacer realidad esa ilusión tan añeja de los dos.

Un color de carmin adecuado a su tipo de morena de clara es el de matiz levemente cíclicamón o rojo violetado. El color de los polvos, natural.

Distinguida señora: Con gran interés leo todas las semanas la sección que se publica en el diario PUEBLO, dedicada a las mujeres. Le agradecería que igual como hace con todas, que me resolviera mi caso, que es el siguiente: "Hace ya algunos domingos, cuando me retiro a casa, después de pasear, se me acerca un vecino conocido mío, que coincidimos los dos cuando nos dirigimos hacia nuestros respectivos domicilios. El, como cosa natural, me acompaña, pero, a pesar de que llegamos antes al suyo que al mío, insiste en acompañarme hasta mi domicilio, cosa que yo no apruebo, por tener el chico

novia hace ya algunos años y no me agrada verme metida en compromisos.

Lo peor del caso, es que, a pesar de mis negativas, ha insistido en acompañarme, y en la primera noche que lo hizo me dijo que hace ya mucho tiempo que yo le gusto y que por mi estaría dispuesto a cualquier cosa, es decir, a romper con su novia. De que yo le gusto, estoy convencidísima, y él a mí también; pero tiene novia hace ya algún tiempo y... no sé lo que hacer. El es un chico muy formal y me gusta en todos los conceptos, menos en el de que tiene novia. Creo que se casará pronto si yo no me opongo a ello. Usted, que tiene tanta experiencia, ¿qué me aconseja? Anticipadamente le doy las gracias. Un saludo de

Una Marilyn Monroe."

CONTESTACION

Que este comprometido ya es un obstáculo; que sea para casarse en breve, un inconveniente gravísimo. No, no debe usted cruzarse en el camino de esa pareja. Sería poco leal. Si él estuviera enamorado de usted puede tener la seguridad que en lugar de hablarle a usted primero, para según fuera su respuesta conducirse él con la novia, hubiera prometido al revés. Hubiera roto su noviazgo como medida previa para que, con su libertad como una cualidad más, tratar de persuadiría para que le aceptara. Su manera de actuar demuestra algo indiscutible. Que si está dispuesto a casarse con otra, gustándole usted, es porque admite la posibilidad de ser feliz con ella. ¿No comprende, hijita, que de no ser así, no se daría por vencido mientras existiera la esperanza de que algún día le hiciera usted caso?

Retírese suavemente; con cualquier excusa no permita que ese joven la acompañe. No quiera ser una nube en el firmamento claro de la felicidad de una mujercita que ningún mal le hizo. Porque, en definitiva, lo más probable es que fuera usted tan sólo eso: una nube. Hay muchos hombres dispuestos a, seducidos por el atractivo físico de una mujer (me atengo a que haya cierto parecido entre usted y la estrella de la que adopta el nombre para firmarse), deslumbrarse por unos instantes para, a la hora de la verdad, esto es, la del matrimonio, volver a la novia más vulgar, con menos "sexappeal", pero de la que esperan algo tan fundamental como es la constancia, la dulzura, la feminidad y la comprensión de una buena compañera.

CONTESTACION A G. E. P. E. C.

La de ustedes que tiene granitos debe consultar con el médico, hijitas. A su edad, muchas veces, es necesario un depurativo, etc.,

En cuanto a esos jovencitos que optan por la cómoda solución de divertirse solos en el bar, acompañándolas a ustedes cuando se van a sus casas y saben no estarán comprometidos mucho rato, yo oro que debieran darles la sorpresa de pasarse por otra parte, demostrando que no están, precisamente aguardando a que salgan ellos del bar. Si les equivan un poco, puede que se decidan a quedar con ustedes, desde que salen a pasear, para evitarse el que cuando se les ocurra alternar con el bello sexo, éste se haya esfumado de sus horizontes.

CONTESTACION A CARMEN DE MARTINEZ

La confianza, una vez perdida, difícilmente renace, Carmen, y como lo más probable es que su novio volviera siempre a sus suspicacias que, ofendiéndola a usted, suscitarían nuevas disensiones, es preferible que se resigne a esa ruptura que, aunque le duela, como es natural, por datar de poco su noviazgo, perderá aspereza pronto.

Sería distinto que por propio impulso fuera su novio el que volviera en busca de la reconciliación. Cabría esperar que por sí mismo hubiérase dado cuenta de la insignificancia de la falta por usted cometida. Pero no se haga muchas ilusiones. Cuando se parte de un punto de vista equivocado al enjuiciar un hecho, no se suele rectificar.

Dirigid vuestras consultas a Nuria María, Apartado de Correos 12.141. Madrid.

MODAS

LAS BLUSAS OPTIMISTAS PARA LA PRIMAVERA

Para esta primavera que no acaba de afanzarse, he aquí cinco modelos de blusas que contribuyen con su vaporosa gracia a resaltar sus encantos femeninos, estimable lectora.



- 1 "Pull", en algodón, con intercalados de malla.
- 2 Este corpiño, muy juvenil, es de algodón de fantasía, lavable.
- 3 He aquí otro modelo de corpiño tan optimista como el anterior.
- 4 Y otro de piqué de algodón sobre fondo blanco, con cuello marino.
- 5 Y, por último, una marinera de algodón "interlock", con estampados vivos, muy adecuado para los mediodías, durante las vacaciones.

VEA LA INTERESANTE COLECCION de LANAS - PANAS - TWEEDS que estamos recibiendo

Díganos lo que desea y le enviaremos las muestras que precise



MAYOR, 1.-MADRID

«PUEBLO», 16 páginas, 7,5 céntimos

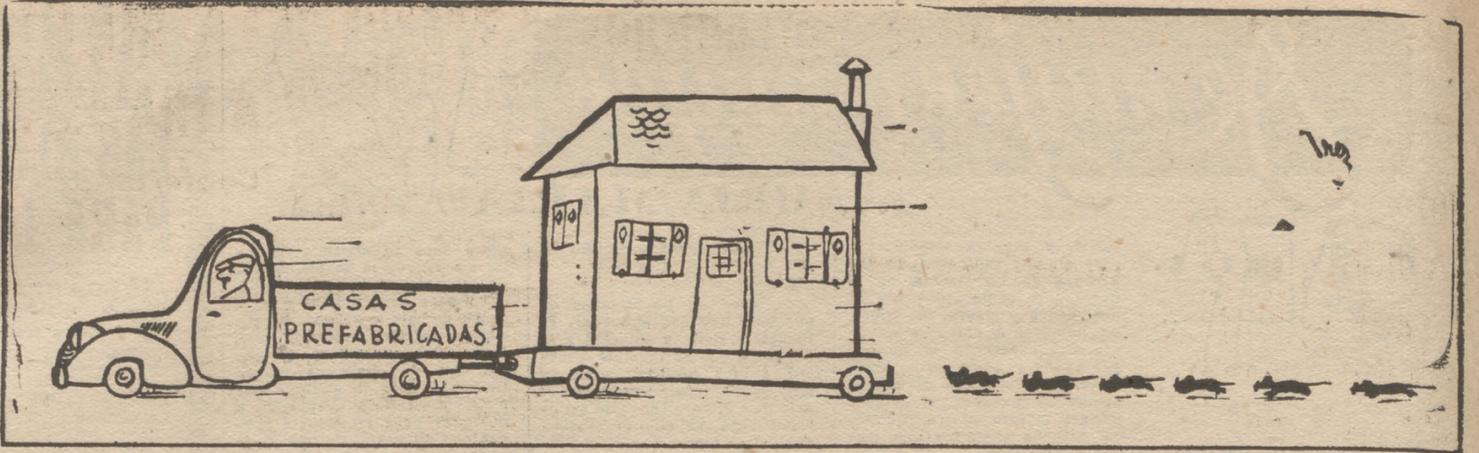


Un producto de prestigio bajo una marca humorística EFICACES -- ECONOMICOS PTAS. 1,80 En droguerías y perfumerías





★ ★ ★ ★



Sin palabras



—Querido director, ¿a que no sabe usted lo que deseo pedirle?

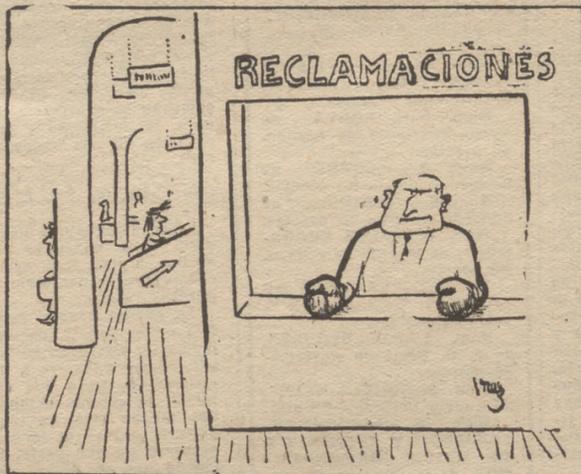


GLENN A. BERNHARDT

—¿Estás seguro de que anoche tuviste esa Junta general con el director de la oficina?



—¡Otra vez me están amenazando con matarme mis enemigos!



Sin palabras

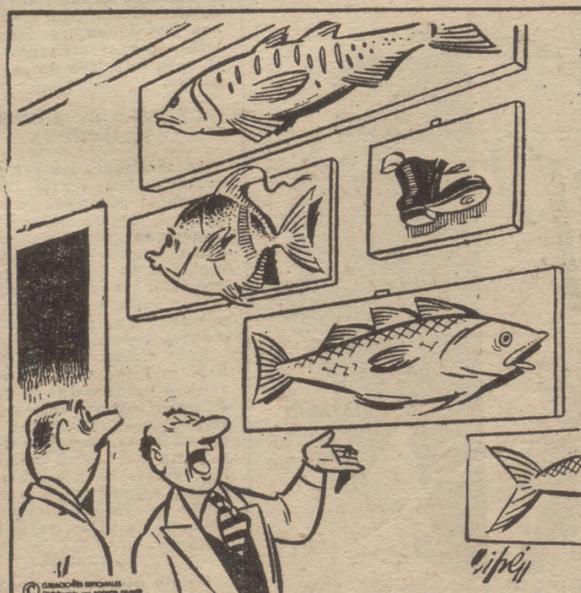


—Ahora tengo que comprar algo para ti, cariño. ¡Prométeme que no mirarás!

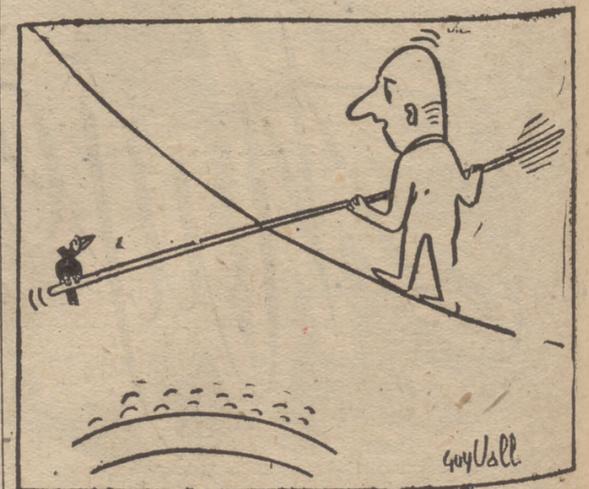
(Agencia Demor.)



Sin palabras



—Es mi galería de trofeos.



—Pishhhh!

Guy Vall